



# Fernando Savater

Todo mi Cioran

*Ariel*

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo. Vuelta a mi Cioran

Carta-prefacio de E. M. Cioran

Ensayo sobre Cioran

Dedicatoria

Citas

Introducción

I. Designio y tarea de la lucidez

II. Ejercicios de desfascinación

III. La revelación esencial

IV. El Dios maldito y los demás dioses

V. La historia imposible

Excursus. Cioran y el compromiso político

VI. Paseo por el amor y la muerte

Epílogo. La expresión y el silencio: el estilo de Cioran

Conclusión

Cioran: el último dandy

Apéndices

Un hombre asombrado... y asombroso

Regreso a Cioran

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a conte-  
nidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## Sinopsis

Cioran fue sin duda un gran escritor, un estilista de primera clase, un humorista cuyo sarcasmo no siempre resultó evidente para los lectores apresurados. En este ensayo, recomendado por el propio Cioran como uno de los mejores escritos sobre su obra, Fernando Savater —que tradujo y promovió los textos de Cioran en España— destaca las claves esenciales de este pensador multiforme y subraya su radicalidad, ferocidad e independencia.

Es grato comprobar —concluye Savater— que aunque mi viejo y admirado amigo se quisiera un maestro de decepciones sigue siendo semillero de búsquedas, de vocaciones nuevas.» Sin duda esta vitalidad bien disimulada en la desesperación justifica la pertinencia de esta edición actualizada, que incluye nuevos artículos.

Fernando Savater

# Todo mi Cioran

*Ariel*



## PRÓLOGO

### Vuelta a mi Cioran

Debo admitir, no sin sonrojo, que hace un cuarto de siglo yo era más que nada suscriptor de *Le Monde*. Tan característico de mi personalidad debió llegar a ser este rasgo que, en el interrogatorio subsiguiente a alguna detención, el acusador de la Brigada Político-Social lo mencionó como uno de los principales cargos de mi abultado dossier. Dado que la policía suele ser en las dictaduras (e incluso en las democracias) la más directa encargada de precisar la identidad verdadera de cada quien, debo asumir que hace veinticinco años yo era nada menos (pero desde luego muy poco más) que un suscriptor de *Le Monde* ante los ojos del Altísimo.

El gran diario parisino me proporcionaba regularmente dos motivos de contento: casi a diario, la crónica de los sucesos de España, firmada por José Antonio Novais, en la que se recensionaban con gratificante énfasis los diminutos incordios que obreros, intelectuales, estudiantes y otras gentes de mal vivir intentábamos causarle al régimen franquista; y una vez a la semana, la doble página dedicada a los libros. Soy uno de los últimos ejemplares vivos de un malentendido en extinción: para mí, la palabra cultura es un

bendito galicismo y el río Sena lleva un fluido mágico que hace pensar y escribir bien a los hombres, sobre todo a los de su orilla izquierda... El caso es que cierto jueves (puede que fuese un viernes, porque no estoy seguro del día de la semana en que aparecía el suplemento literario) leí un titular insoslayable: «¿Acaso Cioran es el diablo?». El artículo lo firmaba el filósofo cristiano-existencialista Gabriel Marcel y venía motivado por la aparición de *El aciago demiurgo*, última obra de un para mí plenamente desconocido E. M. Cioran. De su lectura saqué en conclusión que Cioran no debía ser precisamente diabólico pero que en cambio Gabriel Marcel era un santo, el pobre.

Fundido en negro. Secuencia número dos. Una tarde, no mucho después de aquel jueves (¡o viernes!) me encontraba en la casi recién inaugurada librería Miessner, sita en la madrileña calle de Ortega y Gasset, provista con irregularidad pero con abundancia de novedades editoriales francesas. Por aquel entonces las autoridades habían tenido a bien privarme de pasaporte, por lo que la sección francófona de Miessner era la única librería del Barrio Latino que me resultaba accesible. Tomándome mi tiempo para leer solapas y hojear, rebuscaba en los estantes. De pronto tropecé con la rugosa cubierta gris de un volumen de la colección de ensayo de Gallimard, titulado *Le mauvais demiurge*. ¡Vaya, pero si era el libro escrito por el candidato a diablo según Marcel! Cualquiera capaz de parecerle Satanás a un cristiano de París se ganaba por aquellos años mi atención, aunque fuese con reservas. De modo que compré el libro y así pude leer por primera vez a Cioran.

Fue el flechazo del amor a primera página. Encontré a un gnóstico contemporáneo, el archimandrita desesperado e irónico de la inviabilidad de nuestra existencia, nostálgico del decadentismo pagano, debelador de las legitimaciones

que apuntalan la buena conciencia metafísica, obsesionado por la *pirueta* definitiva del suicidio pero estilísticamente todo vivacidad, la negación misma de lo mortecino: deambulando desde los rigores trascendentales a la susceptibilidad más irritable de lo intrascendente cotidiano. Truculento y sagaz, irreconciliable, caprichoso, contundente, lo menos parecido que pueda imaginarse a la filosofía que se empeñaban en asestarme en la facultad a la que por mis pecados asistía cada mañana. Me enamoré de él, ya digo, decidí que tenía que conseguir cuanto antes todos sus restantes libros, empecé a *cioranizar* en mis ratos libres de palabra y por escrito, lo elegí ya no como maestro, ni siquiera sólo como modelo, sino más bien como mi *daimon*, como mi demonio interior... no en el sentido cristiano de Gabriel Marcel, claro está, sino en el socrático. La voz que pone el implacable «no» en la boca y sobre todo en el alma cuando la tentación de asentir y de aceptar se nos hace demasiado fuerte. ¿He mencionado antes que yo tenía por entonces muy poco más de veinte años?

Mi onda ha sido siempre expansiva, como la de las explosiones. Quiero decir que ni lo que me gusta ni lo que me disgusta soy capaz de guardármelo para mí. Otro menos estruendoso que yo hubiese preferido continuar manteniendo en secreto el descubrimiento de este escritor que tanto se presta a la cita encubierta o la paráfrasis. En un país en el que, por así decirlo, nadie le había leído (salvo Ricardo Gullón, según supe después) pude quedarme con Cioran como con una mina privadísima e ir gastándomelo poco a poco, sin contar a nadie de dónde provenían las pepitas de oro que ponía sobre la mesa. ¡Pude ser Cioran en España, al menos durante unos cuantos años! En cierto modo, como luego contaré, incluso se me acusó de serlo... Pero nada, imposible: no estoy hecho para la discreción. Tengo vocación de hombre anuncio, de heraldo, de voceador,

de Juan el Bautista: en una palabra, tengo mala cabeza. De inmediato me puse a pregonar la buena nueva, no sin tropezar con ciertas dificultades.

Comencé por proponer a la editorial Taurus un librito sobre el pensamiento de mi rumano favorito. Con sobrado sentido común, el director literario de la casa —Jesús Aguirre— me indicó que el interés que podía despertar un estudio sobre un rumano desconocido escrito por un inédito joven español tenía que ser forzosamente bastante reducido. Me propuso la generosa alternativa de publicarme un libro sobre otro tema y también alguna traducción de Cioran: así iríamos saliendo ambos de las tinieblas estigias que nos ninguneaban. En quince días escribí *Nihilismo y acción* (aunque entonces se lo ofrecí a Jesús como si ya estuviera concluido y sólo necesitara un último repaso), en el que por supuesto aparecía abundante y elogiosamente citado «mi» Cioran. A la par conseguí su dirección y le escribí para preguntarle si autorizaba que yo seleccionara y tradujera una selección de textos suyos, tomados de todos sus libros. Cioran me contestó con mucha amabilidad que eso no era posible porque Gallimard no permitía tales antologías de libros que aún no habían sido traducidos en toda su extensión. Con esa carta comenzamos una correspondencia que ha durado ya más de dos décadas y una amistad de igual duración, que no cambio por ninguna otra.

Decidí empezar por el principio, que es un comienzo tan bueno como cualquier otro, y elegí como víctima de la primera traducción de mi vida *Précis de décomposition*, el libro con el que Cioran comenzó su carrera de escritor en Francia. Los títulos de Cioran siempre me han dado quebraderos de cabeza y en ese caso resolví traducirlo como «Breviario de podredumbre»: de ese modo evitaba el sonido demasiado intestinal de «descomposición» en castellano y aprovechaba en cambio el blasfemo relente ecle-

siástico de «breviario»... Luego, animado por el sorprendente eco público de esa primera traducción (que culminó cuando un camarero del bar de la Facultad de Filosofía me preguntó si pensaba traducir algún otro libro de Cioran, anécdota que encantó al autor), me dediqué al que había sido mi primer contacto con su obra: *Le mauvais demiurge*. ¿*Mauvais*? Tras darle muchas vueltas, opté por convertirlo en «aciago». Cioran, que lee y comprende bastante bien español, no estaba muy convencido. ¿No sería una palabra demasiado rebuscada, demasiado *culta*? Para salir de dudas, interrogué a una *bonne* española que vivía en su mismo edificio: ¿emplearía ella alguna vez la palabra «aciago»? Claro que sí, señor, repuso la doméstica: para decir, por ejemplo, «un día aciago». Cioran me escribió de inmediato para dar su visto bueno a la traducción.

De este modo logré que aparecieran en castellano y en una editorial de primera fila varias obras de mi mentor. Al descubrirle, me descubrí. Como por aquel entonces solía imitarle sin rebozo en mis propios escritos, los peor intencionados rugieron: «¡Ah, de modo que de ahí lo has sacado todo!». Otros, un poco más rebuscados o con más sentido del humor, lanzaron la especie (muy halagadora para mí) de que Cioran no existía y que se trataba ni más ni menos que de un heterónimo que yo me había inventado, en la traza ilustre de Kierkegaard, Pessoa o Antonio Machado. ¡Qué más hubiese querido yo! Le escribí: «Cioran, por aquí dicen que usted no existe». Me repuso a vuelta de correo: «¡Por favor, no les desmienta!». Pero, siempre comprensivo, accedió a escribir la carta-prefacio que encabezó mi tesis (el lector la encontrará poco más adelante) para disipar unas dudas que podían hacer peligrar la viabilidad del trabajo académico que le estaba dedicando.

Porque entonces yo acababa de emprender nada menos que toda una tesis doctoral sobre Cioran, paradójico

cumplimiento de aquel propósito inicial —el primero de mi vida literaria—, consistente en centrar sobre su obra el más personal y arrebatado de los libros. La decisión de escribir una tesis ya era en sí misma de rango heroico y a la vez humillante: se trataba de acatar el rito iniciático que podía resultarme más opuesto para tener derecho a formar parte de la tribu a la que menos deseaba pertenecer. Dicho sea de una vez por todas: me desagradaba la seriedad académica de los profesores de filosofía y de sus alevines, la timorata y pretenciosa suficiencia de sus asideros biobibliográficos, sus notas a pie de página, sus incomprensibles rencillas de tarados, su enemistad gruñona con todo lo que reluce... Sigo pensando lo mismo hoy que ya soy uno de ellos (aunque nunca me han reconocido del todo como uno de los suyos, favor que me hacen, porque para mi vergüenza sé muy bien que lo soy) que cuando tenía dieciocho años y odiaba hasta el ridículo retintín bizantino de la palabra «catedrático». Debe ser de las pocas cosas en que aún pienso *exactamente* lo mismo. Pero, como decía con mejor ocasión Valéry, *il faut tenter de vivre...*

En fin, vuelvo a la tesis: ¿cómo cumplir el rito y desmentirlo juntamente?, ¿cómo hacerles una reverencia y a la vez sacarles la lengua? El mejor medio era dedicar la tesis al estudio de Cioran: no se trataba de un filósofo «serio», no le gustaba ni a los marxistas, ni a los analíticos, ni a los tomistas, ni a ninguna de las otras sectas vigentes, casi nadie había escrito antes sobre él (¡lo cual resolvía el tedioso problema de la bibliografía!) y además se le podía despachar en poco más de un centenar de páginas porque era ridículo dedicar tres mil a comentar a un escritor de aforismos, cuyos modelos lacónicos eran el juramento y el epitafio... Puse manos a la obra y del modo más impertinente de que fui capaz. En seguida comenzaron las dificultades, aun antes de que el tribunal conociera el texto de mi soflama: ¡al-

guien había filtrado que Cioran era un invento mío para ridiculizar a la sacrosanta institución! Entonces le solicité la carta-prólogo, a modo de certificado de existencia. De las mil incidencias posteriores de la tesis, que tardó meses y meses en leerse, con episodios grotescos y macabros, puro franquismo filosófico..., de eso ya hablaremos en otra ocasión.

Lo que el lector tiene entre las manos es, pues, una tesis de filosofía: que nadie se alarme, porque no lo parece. He suprimido de la primera edición una indignada diatriba que se incluía como pórtico y varios apéndices superfluos. Añado en cambio una entrevista reciente con Cioran, para colmar en cierto modo los años que nos separan del estudio inicial, en los cuales el propio autor ha seguido publicando nuevos libros y se han traducido al francés las obras anteriores que en su día no pude leer en rumano. Por lo demás, nada se ha corregido: la juventud es incorregible y éste, feliz o desdichadamente, es un trabajo de juventud.

*Septiembre de 1992*